

Introducción

La *revolución neocon* (versión sincopada del término *neocconservadurismo* por la cual se ha acabado conociendo el fenómeno) comenzó en los años ochenta cuestionando el Estado del bienestar, que había gozado de amplio consenso tras la segunda guerra mundial y hasta los setenta. Estos *nuevos conservadores* asumen como propia la ideología neoliberal y defienden el individualismo, el *libre mercado* y su promoción activa, ello mezclado con posturas conservadoras tradicionales y una desconfianza radical con respecto a las ideas pacifistas, ecologistas, feministas, antirracistas o lo que ellos denominan *progresistas*; propuestas que tildan de *igualitaristas* y *colectivistas* y desprecian profundamente. El elemento esencial de esta revolución es la combinación de esos *valores* tradicionales, muy conocidos ya, con el neoliberalismo, una ideología mucho más sutil y poderosa y cuya influencia viene permeando la sociedad de forma generalizada, difusa y persistente.

El neoliberalismo es la teoría económica e ideológica predominante en el actual capitalismo. Se la denomina *neoliberalismo* porque el modelo económico que la domina se inspira en los principios clásicos del liberalismo, pero los actualiza. Se trata de limitar el poder del Estado y las responsabilidades de las instituciones públicas con respecto a la protección de los derechos sociales exaltando, por el contrario, la importancia del mercado, de la iniciativa privada frente a la pública y de la economía especulativa o financiera frente a la productiva o in-

dustrial. Y del mismo modo, se insiste en rebajar los impuestos a las grandes fortunas, quienes supuestamente crean riqueza, algo fuera del alcance y el *talento* de todos. En realidad, no otra cosa es el neoliberalismo que una radicalización del capitalismo clásico. Se nos dice que podemos ser libres mientras se nos empobrece y, a la vez, se convierte en culpables de su mala fortuna económica a las víctimas del proceso (Solís, 2019).

Implícita o explícitamente, se anuncia que solo hay un camino: ser competitivo en el mercado mundial, multiplicar los beneficios empresariales, consolidar ganancias en las bolsas, controlar la inflación y anular a los sindicatos. El discurso del *fin de las ideologías* y del posmodernismo y la aceptación del capitalismo —único sistema hoy existente— como *patrimonio común de la humanidad*, reemplazándose el concepto de *bien común* por el de *responsabilidad individual* de los consumidores y consumidoras y el contrato social por la *ley del mercado* forman parte de esta ideología. El neoliberalismo nos ofrece ambición económica en vez de idealismo moral y consigue ser visto como la condición natural de la humanidad. En esencia, es un «capitalismo sin contemplaciones» (Apple, 2002) y «la expresión más reciente para describir la eterna conspiración de los ricos contra los pobres» (Roddick, 2004, p. 10). Pues sus políticas y procedimientos permiten que un número relativamente pequeño de intereses privados de grandes compañías multinacionales y grupos financieros controle la economía global con el objeto de maximizar los beneficios particulares de sus accionistas. Supone, en definitiva, el pillaje planetario de los bienes comunes de la humanidad, acompañado de sobreexplotación, desocupación masiva, precariedad, exclusión, desigualdad progresiva, etcétera.

Esta doctrina ha modificado el pensamiento social y colectivo y la argumentación política habitual. Se ha producido una sorprendente inversión ideológica de valores: el aura que

solía valorar el bienestar de la población —esto es, el bien común— nimba ahora todo aquello que sea interés privado o que pueda ser privatizado para obtener beneficio privado. Allí donde la justicia y la respuesta a la necesidad y el derecho social eran las piedras angulares de la discusión, ahora encontramos el *valor del dinero* y el derecho privado de disponer de toda la riqueza posible. La ecuación de libertad individual y libre mercado demarca los términos, no solo del debate político, sino también del pensamiento, de la conversación cotidiana, del lenguaje coloquial; y en general, se ha convertido en *sentido común* (Apple, 2000).

El significado mismo de lo que implica un objetivo social de equidad se ha visto alterado. La *libertad* de los consumidores y consumidoras ha reemplazado a los derechos sociales de la ciudadanía, que emergían de la lucha en el contexto de relaciones de dominación generadas estructuralmente por la lucha de clases. Así, el bien común, lo colectivo, se considera que ahora debe estar regulado exclusivamente por las leyes del mercado, la competencia, la propiedad privada y la rentabilidad. En esencia, las definiciones de libertad e igualdad han dejado de ser democráticas y se han convertido en comerciales (Hall, 1986; 1988).

Como ya se ha apuntado, esta ideología del libre mercado se ha venido combinando en los últimos tiempos con políticas populistas neoconservadoras, dando lugar a una amalgama de temas tradicionales (nación, bandera, patria, familia, deber, autoridad, religión...) con esos otros elementos temáticos que también han adquirido gran resonancia en épocas de crisis: interés individual, competitividad, antiestatismo... Se ha consolidado así un sentido común crecientemente reaccionario (Hall, 1983).

Este modelo se ha trasladado a educación, donde vemos, como plantea Apple (2002), que el sector neoconservador

y el sector neoliberal han tejido una alianza en la cual se combinan, por una parte, múltiples sectores del capital y las finanzas, que abogan por soluciones mercantilistas neoliberales a los problemas educativos; y por otra parte, colectivos neoconservadores que abogan por el «retorno» a unos mayores niveles de exigencia, esfuerzo, autoridad y disciplina y el regreso a una supuesta «tradición cultural común»; a la que se suman fundamentalistas religiosos populistas y autoritarios que se sienten amenazados por el laicismo e intentan preservar a toda costa sus propias tradiciones, y unos sectores concretos de la nueva clase media profesional que impulsan la ideología y las técnicas de la calidad, la medición y la «gestión». Aunque en esta alianza existen claras tensiones y conflictos, su «objetivo común es crear las condiciones educativas que consideran necesarias para aumentar la competitividad, las ganancias y la disciplina y hacernos volver a un pasado romántico basado en una imagen idealizada de la escuela, la familia y el hogar» (Apple, 2002, p. 87).

El éxito mayor de esta doctrina *neocón* en educación se cifra en haber logrado redefinir los términos del debate en torno a la finalidad y el sentido de la propia educación. La discusión, en el terreno educativo, ya no se centra en cómo desarrollar un conocimiento emancipador con sentido crítico y cómo ayudar al desarrollo vital del alumnado, garantizándole una ciudadanía plena y una participación real en la construcción de una sociedad más justa; sino más bien en cómo orientar el currículum y el futuro de la educación en función del mercado de trabajo, con el fin de incrementar la competitividad internacional y la ganancia (tal como establecía en su preámbulo la LOMCE, ley educativa del gobierno conservador del Partido Popular en España) y en cómo recuperar los *valores* que según ellos fundamentan la tradición española. Pareciera

como si el objetivo central de la educación, para esta corriente *neoon*, ya no se tratara de «la pasión de los libres, sino del éxito de los esclavos» (Majfud, 2017).

Se emplea la estrategia de publicitar toda clase de males aparejados a la educación pública y generar un *pánico moral* y una alarma social que apuntalen el consentimiento de la población a las políticas neoliberales y neoconservadoras que se van a implementar. Se señalan cuestiones como los malos resultados en los *rankings* internacionales, el descenso en los estándares o el aumento del fracaso escolar y se amplifican las noticias sobre indisciplina y problemas de convivencia en las escuelas. Se alude también a un supuesto adoctrinamiento progresista y a la destrucción de los valores tradicionales, así como a un presunto abandono de la exigencia y la excelencia académicas. Se va creando así un clima, que es exacerbado y utilizado por los grupos conservadores y neoliberales, para reorientar el debate sobre la educación (y sobre todas las cuestiones sociales) hacia el terreno de la productividad y las necesidades del mercado.¹

¹ La alarma social disparada por los medios se tiende a centrar últimamente en una presunción: suponer que cuando un país no está en la parte superior de un *ranking* educativo (establecido por organismos económicos, como la OCDE), su *desarrollo económico* se ve seriamente comprometido. Como afirma Gentili (2011, p. 13) de forma irónica, parece presuponerse que, si hubiera una excelente educación, toda la población viviría mejor, habría más empleo, mejores servicios públicos, más calidad de vida, menos violencia, menos consumo de drogas, menos corrupción; la gente elegiría mejor a sus gobernantes y los controlaría más; habría menos muertes en accidentes de tráfico, las plazas estarían mejor cuidadas y las mascotas no harían sus necesidades en la puerta de las casas ajenas. Si estuviéramos los primeros en el *ranking* de calidad educativa, también saldríamos primeros en los de productividad del trabajo y competitividad económica y, «como todo el mundo sabe», seríamos naciones más felices. Pero, como analiza, ya sin ironía este autor, la pobreza, la desigualdad y el paro tienen que ver realmente mucho más con un mercado laboral precario, un sistema productivo en que la prepotencia empresarial se sobrepone al interés colectivo, con un Estado ausente respecto a las necesidades sociales, con un débil sistema de protección social, etcétera.

Por cuanto las familias están justificadamente preocupadas por el futuro económico y laboral de sus hijos e hijas —en una economía que está cada vez más condicionada por salarios en descenso, el desempleo, la fuga de capitales y la inseguridad—, el discurso *neocon* conecta de forma emocional, casi visceral, con las experiencias y el desasosiego de mucha gente de la clase trabajadora y media (Apple, 2000, pp. 88-89), que es quien está pagando los platos rotos de la crisis y de las políticas de austeridad, *remedio* para impedir que los auténticos causantes de la situación sufran sus consecuencias, a quienes se rescata con los recursos de todos.

Esto explica que buena parte de las nuevas clases medias ya no se preocupe tanto de una política social y educativa inclusiva, equitativa y que favorezca la cohesión social, ni de la democratización y la participación ciudadana en la educación. Su obsesión es que, en las instituciones escolares, sus hijos e hijas obtengan buenas calificaciones y avancen sin repeticiones de curso y, a ser posible, que se les confieran competencias canjeables en el mercado por buenos puestos laborales. La demanda de igualdad, equidad, justicia y solidaridad es reemplazada por la de excelencia, selección y competencia.

El fin de la educación está siendo transformado. La educación ya no es considerada como una forma de ampliar oportunidades, desarrollar programas de educación inclusiva e intercultural, mejorar las oportunidades de vida de las mujeres, las minorías y la clase trabajadora, sino más bien como una vía para el incremento de la competitividad internacional y la rentabilidad en la formación de los futuros recursos humanos. Una inversión personal de cara a conseguir una ventaja competitiva en el futuro mercado laboral.

Se asiste así a un proceso de *individualización* de la relación educativa en una sociedad de mercado, en donde cada consumidor o consumidora debe «elegir libremente» el tipo

de educación que le pueda reportar más ventajas competitivas en la carrera por un futuro puesto de trabajo. El alumno o la alumna —y sus familias— ya no son tanto ciudadanos y ciudadanas con el derecho y el deber de recibir educación, como *clientes* que buscan acrecentar su *stock personal de capital cultural y de competencias* para enfrentarse con éxito a la demoledora lucha darwinista por colocarse en esa selva de competitividad y rentabilidad que es el mercado internacionalizado.

La clase media aspiracional (Currid-Halkett, 2017) manifiesta cada vez menos expectativas colectivas o de mejora social con respecto al sistema educativo.² A cambio expresan cada vez más exigencias individuales dirigidas a un *proveedor de enseñanza*, sea público o privado con financiación pública, pues su *inversión* en educación debe ser rentable y presentar resultados tangibles. Las sucesivas reformas neoliberales de los sistemas escolares han creado este caldo de cultivo propicio para que la solidaridad deje de ser el eje vertebrador de la vida social y de la educación.

² El término *clase media aspiracional*, popularizado en España por Daniel Bernabé (2018, pp. 106-107), hace referencia al paso de «querer tener lo que tenían los ricos a querer ser como son ellos», emblema de una clase media aspiracional que ha colonizado culturalmente a toda la sociedad, donde se exalta el «esfuerzo y la excelencia, trampantojo que las clases dirigentes utilizan para encubrir su sistema de explotación y la desigualdad de oportunidades».